

D. Caralampio, porque hace algunos meses que uso una gran faja de bayeta que no me la quito ni para dormir. —No se haga V. el desentendido, amiguito, que yo no le he de pedir nada. —Pero que riñon ni que calabaza frita quiere V. que tenga cuando son tantos mis gastos? —¿Y qué gastos son esos? —¿Qué gastos! contribuciones, minas, suscripcion á algun periódico, suscripcion á la alcaicería de Granada, el liceo, la lotería, las monjas, las quintas que son un gravamen de padre y muy Sr. mio, y particularmente ahora con las nuevas disposiciones que rigen sobre la materia; las temporadas de teatro, porque es preciso dar gusto á la familia, pues de lo contrario..., no nos faltarían malas caras y quemazones de sangre; y por último, las malditas modas que son un cáncer peor que las contribuciones. Cada quince dias tenemos una. Yo no he visto gente tan estrafalaria como la del dia. En mis tiempos se hacia uno una casaca, y le duraba años enteros, y hasta que se rompía no se hacia otra. Ahí tengo una levita que me la hice en el año 15, flamante todavía, sesenta reales vara, paño esquisito; pero si me la llegara á poner habria un infierno en mi casa el dia que mis hijas me vieran con ella, porque si el cuello está muy alto, porque si no está de moda, porque si está además descolorida por las costuras etc. etc. —Y qué quiere V. que hagamos? gente joven que se deja llevar de la corriente y que da demasiado valor á las cosas del mundo porque no lo conocen todavía. Dege V. que cumplan nuestros 60, que ya pensarán de muy distinto modo. Entonces mirarán con desden al ídolo que hoyadoran. Entretanto, no hay remedio, es necesario condescender con algunas de sus pretensiones, y contemporizar con ciertas exigencias de la sociedad, si no queremos pasar por extravagantes y ridículos. Existe entre los hombres cierta necesidad moral, que les obliga muchas veces á obrar contra su caracter y convencimiento. —Ya lo veo, D. Caralampio; y estoy convencido de ello. Ojalá no lo estuviera tanto! Sabe V. muy bien, que siempre he complacido á mis hijos en todas aquellas cosas regulares y prudentes; pero hay ciertas y ciertas pretensiones

que no puedo menos de resistirlas. Figúrese V. que hace muy poco tiempo que á mis hijas les hicieron unos vestidos; pues ya no quieren salir á la calle ni ir á parte alguna con ellos, porque dicen que ya no se estilan, y que además, se los han visto muchas veces, que á fulanita y menganita sus padres les han hecho unos muy lindos; que primero se consumirán en casa que salir, que ellas todavía tienen amor propio; y así por este estilo no cesan de quemarme la sangre. Pues no digo nada con la diablura esa que llaman *miriñaque*, que hasta el nombre es estrambótico y risible. Crea V. firmemente, D. Caralampio, que para almidon no tengo bastante con el cortijo del viento; en mi casa se ha hecho este artículo de primera necesidad y de tanta consideracion como el aceite y el pan. Vamos, esto es hablar de la mar. —¿Y qué quiere V.? los que tenemos familia hemos de estar siempre con el bolsillo abierto, y oyendo estas y otras peticiones. —Si no se necesitase tanta tela para un vestido, podria uno ser mas condescendiente; pero si es precisa una pieza para cada uno, aunque el molde sea un espárrago. ¿No seria mas racional que se pusieran el vuelo suficiente para andar con desembarazo, comodidad y soltura, y con esto los trages valdrian menos y podrian renovarse mas? —Y demos gracias á Dios, D. Pacómio, de que hayan eliminado aquellas peinetas carísimas con que rompian las mantillas. —Esta plaga nos faltaba para afligir mas á nuestros ya desconsolados bolsillos. —Aunque yo soy de opinion de que mientras podamos debemos complacer á las hijas, porque para el bello sexo el mundo es mas pequeño; y parece justo que recompensemos con la satisfaccion de sus deseos, ciertas incomodidades y privaciones con que la han gravado la naturaleza y sociedad unidas. —Efectivamente convengo con V.; y es tanto lo que siempre he conocido eso mismo, que cuando jóven, el primer padre nuestro que rezaba al levantarme de la cama, era en accion de gracias por usar pantalones en vez de enaguas. —Ninguno de nosotros desea ser muger, al paso que muchas de estas ó la mayor parte sufririan gustosísimas la metamórfosis ó transformacion. Degemos